

Juan Gabriel Vásquez, *Los nombres de Feliza*. Madrid: Alfaguara, 2025, 288 pp.

(Reseñado por José de María Romero Barea, I.E.S. Azahar, Sevilla)

La narración sustenta las cuestiones personales que aborda, ya sean la propia escritura o los comentarios sobre asuntos más amplios. En esta nueva iteración de su yo como escritor, Juan Gabriel Vásquez (Bogotá, 1973) comparte, con autocrítico afán, el tortuoso proceso de la lucha por recrear la existencia de una artista cuya materia prima eran la chatarra de hierro y los desperdicios de acero inoxidable.

Se combina la fe en el valor de la experiencia subjetiva con un intelecto fieramente interrogativo: “No era sencillo ni siquiera su nombre, que les enredaba la lengua a todos los que la conocieron y la obligó a pasarse la vida haciendo aclaraciones, corrigiendo ortografías” (p. 21). Así se abre paso una panorámica no solo de la evolución de un personaje, sino de los cambios en nuestra comprensión de la literatura como un ente colectivo.

Además del relato de una creadora en plenas facultades, la escultora colombiana, de ascendencia judeo-polaca Feliza Bursztyn (Bogotá, 1933 – París, 1982), se nos ofrece el conmovedor recuento de una creatividad frustrada: “Se murió de tristeza”, escribía García Márquez, “y fue entonces cuando me pregunté por primera vez por qué estaba triste Feliza, y fue entonces cuando me respondí que nunca lo sabría” (p. 36).

Esa es la naturaleza del placer de leer la biografía novelada *Los nombres de Feliza*: ser una fuente narrativa inagotable que sobrepasa con creces las ilimitadas expectativas de la autoficción. Cuestiona el escritor Premio Alfaguara de Novela 2011 por *El ruido de las cosas al caer* la necesidad de escribir frente a las exigencias de no hacerlo.

El escritor latinoamericano se resiste a la presión externa que ejerce el mutismo para que confine las múltiples voces internas de Bursztyn, Premio de Escultura en el XVII Salón Nacional 1965, a una sola voz, “repetida en pedazos rotos de vasijas

griegas, miles de veces, escrita por miles de manos distintas, bien o mal, miles de personas escribiendo al mismo tiempo los nombres de Feliza” (p. 55).

Se interesa Vásquez por el exilio de la escultora en México, en casa de Gabriel García Márquez, hasta ser becada por el Ministerio de Cultura francés, así como por el papel de su peripecia en la configuración del paisaje político y cultural de toda una generación de artistas colombianos, como Jorge Gaitán Durán o Marta Traba, entre otros).

Maneja, para ello, las corrientes emocionales subyacentes a las estadísticas, los ritmos de trance de la rutina y los entumecimientos cauterizados del trauma subsiguiente: “¿Era yo un intruso, un impertinente, por querer saber de Feliza Bursztyn, por querer incluso conocerla hasta donde fuera posible, o conocerla tan bien como para contar el mundo desde sus ojos?” (p. 87).

Se adoptan todos los tropos del género, de la intimidad familiar a las sorprendentes colisiones culturales inherentes a la identidad. Emergen las estructuras tectónicas subyacentes para evocar la situación del orden público en la Colombia de principios de los años 1980, marcada por la Doctrina de la Seguridad Nacional, según la cual las Fuerzas Armadas debían combatir al enemigo interno.

Destaca el resultado por su capacidad de mezclar mito y mundanidad, resiliencia y fragilidad, así como por lo consciente que es de las exigencias y desconciertos que conllevan sobrevivir cuestionando los intereses nacionales como un individuo dentro de un grupo sometido a las presiones de la posteridad: “La vida de Feliza tuvo mucho de leyenda, pero fue ella misma quien se encargó de construirla: con su libertad ostentosa, que a los ojos de tantos era un insulto” (p. 92).

Se subrayan, implícitamente, lo excepcionales que son esas mujeres que han logrado encontrar y defender un sitio para ser ellas mismas: “Feliza llegó a la conclusión, sin saber muy bien cómo explicarlo, de que la única manera de llevar su vida era llevarla sin ataduras – ni de la familia, ni de los hombres, ni de la mirada de la gente –, y que tener un lugar en el mundo, en cambio, era la única certeza necesaria” (p. 127).

Con melancólico afán, esta novela biográfica evoca todas esas novelas que no han sido escritas, todas esas vidas que no han sido registradas: “Aquí estaba yo, cuarenta y un años y ocho meses después de la muerte de Feliza, dedicando mi vida a la suya (...) mirándola con atención o mirando su fantasma: imaginándola, en resumen, como si tuviera que esculpirla en barro” (p. 263).

Lo que nos ofrece Juan Gabriel Vásquez, Premio de la Real Academia Española 2014, a cambio de dedicarle nuestro tiempo lector, es la conjunción más lúcida

y precisa entre periodismo y ficción. No en vano, en *Los nombres de Feliza*, de manera tan directa como conspicua, la presencia autoral desaparece para concluir que tal vez solo ficción y periodismo pueden y deben coexistir como formas de registrar la realidad.

JOSÉ DE MARÍA ROMERO BAREA

I.E.S. Azahar, Sevilla

josedemariaromerobarea@gmail.com

ORCID code: 0009-0002-6511-0895